



DEM
Domingo
20 de febrero
de 2022
10

www.elsoldesalamanca.com.mx

Análisis

EDITOR: CLAUDIO FRANCISCO CHÁVEZ BERMUDEZ



Andrés Ordóñez

Entremundos: Cultura, élites y desastres / II

Por las ideas uno discute, combate y hasta da la vida; sin embargo --nos dice Ortega y Gasset en su libro *Ideas y creencias*--, donde vivimos es en nuestras creencias. Dicho de otro modo, lo que sustenta nuestra identidad cotidiana es el conjunto de certezas que preceden nuestra conducta razonada y por las cuales no hacemos nada, simplemente permanecemos en ellas. No estamos hablando de religión. Estamos hablando de lo que nos da existencia social, incluso a contracorriente de nuestras ideas. Un revolucionario es capaz de dar la vida por la transformación del mundo, pero espera que su mujer le lave la ropa. Ubica el mundo en las ideas y a su mujer en las creencias.

El tránsito de las ideas a las creencias es un proceso demorado. Nuestros liberales de 1857 nos ofrecen un ejemplo. Si alguna vez nos preguntáramos ¿qué reforma la Reforma?, la respuesta sería “el ser de la nación”. La Reforma pretendió desarraigarse la cultura política monárquico-religiosa anclada en la tradición política mesoamericana y virreinal, e instaurar de súbito la democracia representativa al modo estadounidense. La fusión de las ideas laicas republicanas y las creencias monárquico-católicas dio, entre otros frutos, una contradictoria e interesante cultura política que, sobre la base del liderazgo carismático, nos ha hecho capaces de construir una sucesión de caudillos y monarcas sexenales. Nuestros caudillos y presidentes, han actuado en sus ideas (todos se han proclamado demócratas), pero han vivido en sus creencias (muy pocos han renunciado a hacer su voluntad). Como lo muestran las encuestas, al parecer el 60% de los mexicanos seguimos esperando y aplaudiendo el absolutismo sexenal.

Hace ocho días apuntábamos que en los años noventa nuestra élite dirigente, altamente educada, no advirtió su falta de cultura. Nuestros tecnócratas, a diferencia de sus admirados antecesores de los años treinta, no supieron tejer sus ideas con las creencias de sus gobernados. Como los liberales de 1857, los neoliberales de 1990

quisieron reformar el ser de la nación a pesar de la nación. Como sucede hoy, los objetivos fueron acertados, pero los métodos no. Mentiríamos si dijésemos que todo fue un desastre, pero con seguridad buena parte de lo que sí lo fue se hubiera evitado.

Los mexicanos fuimos el corazón logístico de la Monarquía Hispánica (el mal llamado Imperio Español). La Ciudad de México fue la capital de una unidad geopolítica que comprendió el 60% de lo que hoy es Estados Unidos, más Centro América, el Caribe, parte de Colombia y Venezuela y la totalidad de las Islas Filipinas. Sin embargo, desde el siglo XIX nos dimos a la tarea de construir un discurso identitario que hizo de nuestra fabulosa diversidad étnica, geográfica y cultural el campo de batalla entre víctimas (nosotros) y victimarios (los otros, cualesquiera que estos fueren). A fines del siglo XIX nuestros ilustrados olvidaron que somos parte del humanismo que fundó la modernidad e inauguró la primera globalización, adoptaron la visión spenceriano-darwinista de la realidad y ubicaron a nuestros pueblos originarios en la categoría de los degenerados. La guerra civil de principios del siglo XX generó un discurso igualmente necio, pero en sentido contrario.

Se nos juntó el hambre con las ganas de comer. Pese a José Vasconcelos (o quién sabe si gracias a él) nuestro discurso de identidad negativa rozó la perfección: yo soy yo porque no soy tú (español en un principio y estadounidense después).



Título: ASÍ ES LA VIDA-NTA

Luego vino la vulgarización de nociones que, en boca y pluma de pensadores como Alonso de la Veracruz, en esencia habían sido vigentes desde nuestro siglo XVI: el espíritu de principios que desembocarían en la libre determinación y su extensión, la no intervención, en última instancia sirvió para afianzar nuestro aislacionismo. El ámbito de nuestras creencias políticas generó y se nutrió de un universo mitológico que el poderoso motor del Nacionalismo Revolucionario interiorizó profundamente y que el muralismo mexicano ilustró en tinte colorido. Las nociones de identidad negativa, cultivadas con afán desde el siglo XIX, encontraron su síntesis en la sentencia nacional por excelencia: “como México, no hay dos”.

Nuestra élite tecnocrática tuvo razón al afirmar la necesidad de modificar el rumbo del país. La interconexión generalizada de los procesos productivos, gerenciales, culturales, políticos e ideológicos era incontenible y nuestro aislacionismo nos hacía vulnerables. Sin embargo, olvidó que la cultura es mucho más que exposiciones, conciertos, poemas y

novelas. Ni siquiera imaginó que las transformaciones requieren un universo simbólico que los sustente y los haga asimilables y deseables para la gran mayoría que, en última instancia, será su brazo ejecutor. Sin decir agua va, la dirigencia nacional convirtió en espejo a nuestro histórico punto de contraste. Aquello que por décadas nos definió histórica, étnica, lingüística, religiosa e idiosincráticamente, de buenas a primeras se convirtió en nuestro espejo. El trastocamiento de las estructuras y las alianzas político-económicas nacionales e internacionales se llevó a cabo exitosamente, sin sospechar que esa mutación económica y política acarrearía el derrumbe de las nociones que habían vertebrado el imaginario cultural y político de la colectividad nacional. En nuestra próxima entrega continuaremos esta meditación.

Escritor, académico, diplomático de carrera durante 30 años, embajador de México. Investigador de la Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales (UDIR) de la UNAM.